

A los veintidós años, en primavera, Sumire se enamoró por primera vez. Fue un amor violento como un tornado que barre en línea recta una vasta llanura. Un amor que lo derribó todo a su paso, que lo succionó todo hacia el cielo en su torbellino, que lo descuartizó todo en un arranque de locura, que lo machacó todo por completo. Y, sin que su furia amainara un ápice, barrió el océano, arrasó sin misericordia las ruinas de Angkor Vat, calcinó con su fuego las selvas de la India repletas de manadas de desafortunados tigres y, convertido en tempestad de arena del desierto persa, sepultó alguna exótica ciudad amurallada. Fue un amor glorioso, monumental. La persona de quien Sumire se enamoró era diecisiete años mayor que ella, estaba casada. Y debo añadir que era una mujer. Aquí empezó todo y aquí acabó (casi) todo.

En aquella época, Sumire luchaba literalmente con uñas y dientes para convertirse en escritora profesional. Por infinitas que sean las opciones que puedan tomarse en esta vida, para ella no había otra que la de ser novelista. Su decisión era firme como una roca eterna, innegociable. Entre su vida y sus creencias literarias no se abría una grieta donde cupiera un cabello.

Al acabar el bachillerato en un instituto público de Kanagawa, Sumire ingresó en el Departamento de Arte de una minúscula universidad privada de la provincia de Tokio.

Pero aquélla no era, bajo ningún concepto, la escuela apropiada para Sumire. Y acabó sintiéndose profundamente decepcionada por la falta de espíritu aventurero, por el convencionalismo de la universidad, por lo poco que casaba con la práctica literaria —y en su caso era así, por supuesto—. Sus compañeros de estudio eran en su mayoría unas medianías (a decir verdad, yo era una de ellas), seres aburridos, mediocres sin remedio. Ésa fue la razón de que, antes de pasar a tercero, Sumire cursara la solicitud para abandonar los estudios y se perdiera lejos de la universidad. Había llegado a la conclusión de que era una pérdida de tiempo. También yo lo creo así. Pero, si se me permite formular una anodina teoría general, en nuestra vida imperfecta las cosas inútiles son, en cierta medida, necesarias. Si de la imperfecta vida humana desaparecieran todas las cosas inútiles, la vida dejaría de ser, incluso, imperfecta.

En resumen, Sumire era una romántica incurable, era intransigente, cínica y, dicho con un eufemismo, una ingenua. Cuando empezaba a hablar, no callaba, pero ante personas con las que no congeniaba (en suma, ante la gran mayoría de los seres humanos que conforman este mundo) apenas abría la boca. Fumaba en exceso y, cuando cogía un tren, siempre perdía el billete. Si se le ocurría alguna idea, incluso se olvidaba de comer, estaba delgada como un huérfano de guerra de esos que salen en alguna película vieja italiana, y sólo su mirada mostraba cierta inquietud y vivacidad. Más que explicarlo con palabras, lo mejor sería, si la tuviera a mano, mostrar una fotografía, pero desgraciadamente no tengo ninguna. Detestaba con todas sus fuerzas que la fotografiasen y tampoco abrigaba el deseo de legar a la posteridad un «retrato del artista adolescente». Si tuviera una fotografía de la Sumire de aquella época, ésta sería, con toda seguridad, un documento único sobre uno de los ejemplares más peculiares de la especie humana.

Pero volvamos al principio, la mujer de quien Sumire se enamoró se llamaba Myû. Todos la llamaban por este diminutivo cariñoso. Desconozco su verdadero nombre (y no saberlo me causaría complicaciones más tarde, aunque ésta es una historia posterior). Era de nacionalidad coreana, pero apenas supo alguna palabra de coreano hasta que, ya con veintitantos, se decidió a estudiar ese idioma. Nació y creció en Japón y, como había estudiado en un conservatorio en Francia, aparte del japonés, hablaba con fluidez el francés y el inglés. Vestía siempre de forma sofisticada, llevaba con desenvoltura pequeños y carísimos accesorios y conducía un Jaguar azul marino de 12 cilindros.

La primera vez que vio a Myû, Sumire le habló de una novela de Jack Kerouak. En aquella época estaba totalmente metida en el mundo de Kerouak. Cambiaba de forma periódica de ídolo literario y, por aquel entonces, le tocaba el turno a un autor un poco «fuera de temporada»: Kerouak. Siempre llevaba embutidos en los bolsillos *En el camino* o *Lonesome Traveler* y los hojeaba en sus ratos libres. Si descubría un párrafo excelso, lo marcaba con lápiz y lo memorizaba como si fuera un valioso sutra. Entre estos párrafos, el que más le robó el corazón lo encontró en *Lonesome Traveler*, en el capítulo sobre la guardia para la prevención de incendios forestales. Kerouak pasó tres meses solo, como guarda forestal, en una cabaña que estaba en la cima de una alta y perdida montaña.

Sumire me citó el párrafo.

«El hombre, al menos una vez en la vida, debe perderse en un erial y experimentar una soledad absoluta, sana, un poco aburrida incluso. Y así descubrirá que depende com-

pletamente de sí mismo y conocerá sus capacidades potenciales.»

—¿No te parece fantástico? —me dijo—. Todos los días plantado en lo alto de una montaña mirando trescientos sesenta grados a tu alrededor, hasta donde alcanza la vista, vigilando que desde ninguna montaña se alce una humareda negra. Y ése es todo tu trabajo. Aparte, puedes leer cuanto quieras, escribir novelas. Al llegar la noche, grandes osos peludos merodean por fuera de la cabaña. Ése es, exactamente, el tipo de vida que yo quiero llevar. Comparado con eso, el Departamento de Arte de la universidad es una porquería.

—El problema es que todo el mundo debe bajar algún día de la montaña —aventuré yo. Pero a ella, como de costumbre, no le emocionaron mis opiniones realistas y vulgares.

A Sumire le preocupaba seriamente cómo poder llegar a ser tan salvaje y auténtica como los personajes de los libros de Kerouak. Embutía las manos en los bolsillos, se despeinaba adrede el pelo y, aunque no tenía ningún problema de visión, llevaba unas gafas de plástico de montura negra a lo Dizzy Gillespie, y clavaba sin más los ojos en el cielo. Vestía casi siempre chaquetas de *tweed* que le iban grandes, compradas en tiendas de ropa usada, y calzaba sólidos zapatos. De haber conseguido que le saliera barba, seguro que se la habría dejado crecer.

A Sumire no se la podía calificar de belleza en el sentido convencional del término. Tenía las mejillas hundidas y la boca un poco demasiado larga. La nariz era pequeña, ligeramente respingona. Era muy expresiva y le gustaba el humor, pero raras veces se reía a carcajadas. Era bajita y hablaba en tono agresivo incluso estando contenta. Un lápiz de labios o un delineador de cejas no creo que los hubiera

utilizado en toda su vida. Que hubiese tallas de sujetador dudo que lo supiera a ciencia cierta. A pesar de ello, Sumire poseía algo especial que cautivaba a los demás. Soy incapaz de explicar con palabras en qué consistía. Pero, al mirar sus pupilas, siempre podías verlo allí reflejado.

Habría sido mejor que lo hubiese advertido de buen principio, claro está, y es que yo estaba enamorado de Sumire. Desde la primera vez que intercambiamos unas palabras me sentí fuertemente atraído hacia ella y, poco a poco, esa atracción fue mudando hacia un sentimiento sin retorno. Para mí, durante mucho tiempo, sólo existió ella. Como es natural, intenté confesarle muchas veces mis sentimientos. Pero ante ella, no sé por qué razón, era incapaz de traducir mis sentimientos en las palabras justas. En resumidas cuentas, quizás haya sido mejor así. De haberle podido manifestar mis sentimientos, seguro que no me habría tomado en serio.

Mientras mantenía con Sumire una relación de «amistad», salí con dos o tres chicas. (No es que no recuerde el número. Serían, según se cuenten, dos o tres.) Si incluimos a las chicas con las que sólo me acosté una o dos veces, la lista se alarga un poco más. Mientras pegaba mi cuerpo al de esas chicas, pensaba a menudo en Sumire. Porque, en algún rincón de mi mente, su imagen siempre estaba más o menos presente. Incluso soñaba que, en realidad, era a ella a quien tenía entre mis brazos. Todo esto no era muy normal, evidentemente. Pero en vez de pensar en si era correcto o no, lo cierto es que no podía evitarlo.

Volvamos al encuentro de Sumire y Myû.

A Myû le sonaba el nombre de Jack Kerouak, y también recordaba vagamente que era un escritor. Sin embargo, no le venía a la memoria qué tipo de escritor era.

—Kerouak, Kerouak... ¡Ah! Ése debe de ser un sputnik, ¿verdad?

Sumire no logró entender a qué venía aquello. Con el cuchillo y el tenedor suspendidos en el aire, reflexionó unos instantes.

—¿*Sputnik*? ¡Pero si el *Sputnik* es un satélite artificial soviético, el primero que fue lanzado al espacio, en la década de los cincuenta! Y Jack Kerouak es un escritor americano. Claro que la época sí coincide, pero...

—¡Ah, ya! ¡Por eso deben de llamar así a esos escritores de entonces! —dijo Myû, mientras dibujaba con la punta del dedo círculos en la mesa como si rebuscara algo en el fondo de un jarrón de forma peculiar lleno de recuerdos.

—¿*Sputnik*...?

—Sí, mujer. Es el nombre de una corriente literaria. Hay muchas de esas, cómo diríamos..., escuelas, ¿no? Como la *Shirakaba*-ha.*

Sumire, entonces, cayó finalmente en la cuenta.

—¡*Beatnik*!

Myû se enjugó las comisuras de los labios con la servilleta.

—¡*Beatnik*! ¡*Sputnik*!... Siempre olvido esos términos. Que si la Restauración *Kenmu*,** que si el *Tratado de Raparo*...*** De todas formas, hace ya mucho de eso, ¿no?

Durante unos instantes, reinó un ligero silencio, como una alusión al paso del tiempo.

* Nombre de una escuela literaria cuyos miembros se agrupaban alrededor de la revista *Shirakaba*, que empezó a publicarse en 1910. La postura de estos autores era muy idealista frente a los cambios que estaba experimentando la sociedad japonesa de la época. La mayor parte de ellos eran hijos de familias nobles. De carácter cosmopolita, se interesaban más por el arte internacional que por el japonés y creían en el valor positivo del individualismo. (*N. de los T.*)

** *Kenmu no chûkô*, en japonés. Instaurada por el emperador Godaigo en 1933 tras derrotar al gobierno de Shogunato da Kamakura. (*N. de los T.*)

*** Se refiere al Tratado de Rapallo (*Raparo no Jôyaku*), firmado entre Alemania y Rusia el 16 de abril de 1922. (*N. de los T.*)

—¿El *Tratado de Rapparo*? —preguntó Sumire.

Myû sonrió. Fue una sonrisa íntima, añorada durante largo tiempo, como arrancada del fondo de algún cajón. La manera de fruncir los ojos fue maravillosa. Después alargó la mano y, con sus cinco largos y finos dedos, despeinó un poco más aún el alborotado pelo de Sumire. Fue un gesto tan natural y espontáneo que Sumire, sin querer, le devolvió la sonrisa.

A partir de aquel momento, y en su fuero interno, Sumire empezó a llamar a Myû «Sputnik, mi amor». Sumire amaba la resonancia de esa palabra. Le traía a la memoria la perra *Laika*. El satélite artificial atravesando en silencio la oscuridad del espacio. Las dos negras y brillantes pupilas de la perra atisbando por el pequeño ojo de buey. ¿Qué debía de mirar en aquella soledad infinita del cosmos?

La historia del *Sputnik* surgió en el banquete de bodas de una prima de Sumire que se celebró en un hotel de primera categoría de Akasaka. No era una prima a quien estuviera muy unida (más bien la detestaba); además, para Sumire, asistir a un banquete, fuera de quien fuese, representaba una tortura, pero en aquella ocasión no pudo librarse con ningún pretexto. A ella y a Myû les asignaron un asiento contiguo en la misma mesa. Myû no dio demasiados detalles, pero, al parecer, le había dado clases a su prima, de piano o algo así, cuando se había presentado al examen de ingreso del conservatorio. Su relación no era especialmente larga ni estrecha, pero, por lo visto, la prima se sentía en deuda con ella.

En el preciso instante en que le acariciaba el pelo, de una manera tan rápida que casi cabría calificarla de acto reflejo, Sumire se enamoró. Fue de improviso, como si un rayo la hubiese fulminado mientras cruzaba una vasta lla-

nura. Debió de ser algo parecido a la inspiración artística. De modo que el hecho de que casualmente fuera una mujer a Sumire no le pareció, en aquel instante, ningún inconveniente.

Que yo sepa, Sumire jamás había tenido algo parecido a un novio. En sus años de instituto había tenido algunos amigos. Chicos con quienes iba al cine, a nadar. Pero me imagino que ninguna de esas relaciones fue demasiado profunda. Lo que ocupaba gran parte de su cerebro era, exclusivamente, el ferviente deseo de ser novelista, y además no parecía que se hubiera sentido atraída por nadie hasta tal punto. Aun suponiendo que en sus años de instituto hubiese tenido relaciones sexuales (o algo parecido), no habría sido por amor o deseo, sino impelida, tal vez, por la curiosidad literaria.

—La verdad, ¿sabes?, es que no entiendo muy bien eso del deseo sexual —me había confesado Sumire en una ocasión poniendo una cara terriblemente reconcentrada. (Creo que fue poco antes de que abandonara la escuela. Se había bebido cinco daikiris de plátano y estaba muy borracha)—. ¿En qué consiste? ¿Tú qué piensas?

—El deseo sexual no es algo que pueda entenderse. —Como de costumbre, le di una opinión sensata—. Es algo que simplemente existe.

Cuando le dije eso, Sumire se me quedó mirando unos instantes de hito en hito, como si observara una máquina que funcionase con algún extraño motor. Luego alzó la vista hacia el techo como si hubiera perdido el interés en el tema. Ahí acabó la conversación. Quizá pensó que no valía la pena hablar conmigo de esas cosas.

Sumire había nacido en Chigasaki. Su casa estaba a orillas del mar y, de vez en cuando, ráfagas de viento arenoso azotaban con un seco rumor el cristal de las ventanas. Su padre era dentista en la ciudad de Yokohama. Era un hom-

bre excepcionalmente guapo y su nariz, en especial, te traía a la mente la de Gregory Peck en *Recuerda*. Por desgracia —lo decía ella misma—, Sumire no había heredado esa nariz. Tampoco su hermano. ¿Adónde habrían ido a parar los genes que habían conformado una nariz tan hermosa?, se preguntaba Sumire con extrañeza. Si habían quedado sepultados en el fondo del río de la corriente genética, tal vez pudiera hablarse, incluso, de pérdida cultural. Tan magnífica era aquella nariz.

Como es natural, su muy bien parecido padre tenía una popularidad legendaria entre las mujeres con afecciones dentales que vivían en los alrededores de Yokohama. En la clínica se encasquetaba un gorro hasta las cejas y se cubría el rostro con una gran mascarilla. Lo único que veían sus pacientes era un par de ojos y un par de orejas. Sin embargo, no podía ocultar que era un hombre guapo. Su hermosa nariz alzaba la máscara de una forma gallarda, sexual; al verla, casi todas las pacientes se ruborizaban y —a pesar de que eso no lo cubría el seguro médico— se enamoraban al instante de él.

La madre de Sumire había muerto joven, a los treinta y un años. Tenía un defecto congénito en el corazón. Cuando murió, Sumire aún no había cumplido los tres años. Lo único que recordaba de ella era el tenue olor de su piel. Fotografías de la madre, apenas las había. El retrato del día de su boda, unas instantáneas tomadas justo después de nacer Sumire. Había sacado el viejo álbum y contemplado esas fotografías innumerables veces. Si nos basamos sólo en la apariencia, la madre de Sumire era, dicho con moderación, una persona de las que dejan «poca huella». De baja estatura, peinado vulgar, vestida sin gusto, una sonrisa incómoda en los labios. Parecía a punto de retroceder y fundirse con la pared a sus espaldas. Sumire se esforzó en grabar los rasgos de la madre en su cabeza. Tal vez así lograra encontrar-

se con ella en sueños. Quizá pudiera asir su mano, hablarle. Pero no resultó. Sus rasgos, por más que los memorizase, se borraban enseguida. Y no sólo en sueños; incluso en pleno día, de haberse cruzado con ella en la acera misma, puede que ni siquiera la hubiera reconocido.

Su padre apenas hablaba de la madre muerta. En realidad, casi no hablaba en general, y por añadidura, tendía a evitar (como si fuera una infección bucal) muestras de emoción en cualquier aspecto de la vida cotidiana. Tampoco Sumire recuerda haberle hecho preguntas sobre la madre muerta. Sólo una vez, cuando era muy niña, le preguntó: «¿Cómo era mi madre?». Sumire recordaba vivamente aquella conversación.

Su padre desvió la mirada y reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Tenía muy buena memoria y muy buena letra.

Era una extraña manera de describir a una persona. A mí me parece que él, en aquella ocasión, debería haber dicho algo que quedase profundamente grabado en el corazón de su pequeña hija. Unas palabras cargadas de sentido que representaran una fuente de calor que la confortara. Palabras susceptibles de convertirse en la columna y el eje que sostuvieran, mal que bien, aquella existencia de inestables fundamentos en el tercer planeta del sistema solar. Sumire, con un immaculado cuaderno abierto por la primera página, las esperaba expectante. Por desgracia (no se puede calificar de otro modo), el guapo padre de Sumire no era capaz de pronunciarlas.

Cuando Sumire tenía seis años, su padre volvió a casarse y, dos años después, nació su hermano pequeño. Su nueva madre tampoco era bonita. Ni siquiera tenía muy buena memoria. Tampoco puede decirse que escribiera con buena letra. Sin embargo, era una persona cariñosa y justa. Para la pequeña Sumire, que se convertiría en su hijastra, aquél

fue un acontecimiento afortunado. No, «afortunado» no es la palabra exacta. Porque, al fin y al cabo, quien la había elegido era su padre. Y él, como padre, tal vez dejara algo que desear, pero en cuanto a la elección de su compañera, mostraba siempre inteligencia y realismo.

El amor de la madrastra por Sumire no flaqueó durante los largos y difíciles años de su adolescencia, y, cuando Sumire manifestó su deseo de abandonar la universidad para escribir novelas, la madrastra —pese a no callarse su opinión— respetó básicamente su voluntad. También había sido la madrastra quien había celebrado la pasión que, desde pequeña, Sumire había manifestado por la lectura, y quien la había alentado en sus propósitos literarios.

La madrastra se aplicó en convencer al padre y, al final, decidieron pasarle una pequeña cantidad de dinero para su manutención hasta que cumpliera los veintiocho años. Si para entonces no había podido labrarse un porvenir que le permitiera salir adelante con la escritura, tendría que espabilarse sola. Sin la mediación de su madrastra, Sumire tal vez hubiera sido arrojada, sin blanca y sin las dosis necesarias de sentido común y equilibrio para desenvolverse en el mundo, a este erial desprovisto de humor —por supuesto, la tierra no se desloma girando alrededor del sol para divertir a los seres humanos— que llamamos realidad. Pero, a lo mejor, eso habría sido positivo para Sumire.

Sumire conoció a «Sputnik, mi amor» a los dos años y poco más de abandonar los estudios.

Había alquilado un apartamento tipo *loft* en Kichijōji, donde vivía con el mínimo número de muebles y el máximo de libros. Se levantaba poco antes del mediodía y, por la tarde, paseaba por el parque de Inogashira con el fervor de un peregrino. Si hacía buen tiempo, se sentaba en un banco del parque, mordisqueaba un poco de pan y leía fumando un cigarrillo tras otro. Los días de lluvia o frío se

metía en una vieja cafetería donde ponían música clásica a todo volumen, se hundía en un desvencijado sofá y leía con expresión reconcentrada escuchando sinfonías de Schubert o cantatas de Bach. Al anochecer, tomaba una única cerveza y cenaba la comida preparada que había comprado en el supermercado.

A las diez de la noche toma asiento frente a la mesa. Delante de ella hay un termo lleno de café hirviendo, un tazón (se lo regalé yo por su cumpleaños; lleva un cuadro de Snafkin dibujado), una cajetilla de Marlboro y un cenicero de cristal. Y un procesador de textos, por supuesto. Cada tecla de la máquina muestra su propio signo.

En la estancia reina un profundo silencio. Su mente está clara como el cielo de una noche de invierno. La Osa Mayor y la Estrella Polar emiten la luz debida en el lugar asignado. Y Sumire tiene mucho que escribir. Muchas historias que contar. Una vez encuentre la boca de salida correcta, ardientes pensamientos e ideas brotarán como la lava, se traducirán en conceptos y conformarán un corpus de obras originales. La gente se quedará boquiabierta ante la repentina irrupción de una «genial escritora novel de excepcional talento». En la sección de cultura de los periódicos saldrá la fotografía de Sumire esbozando una serena sonrisa y los redactores se disputarán el privilegio de visitar su apartamento.

Pero eso, por desgracia, no ocurriría. En realidad, Sumire no logró completar una sola obra que comprendiera principio y final.

A decir verdad, ella podía escribir indefinidamente, tanto como quisiera. Jamás había experimentado angustia ante el papel en blanco. Era capaz de traducir en un torrente de palabras todo lo que le viniera a la cabeza. Su problema era, más bien, que escribía demasiado. Siendo así, parece obvio que hubiese bastado con eliminar la parte superflua,

pero no era tan simple. De lo que había escrito, Sumire era incapaz de discernir entre lo necesario y lo que no lo era. Al día siguiente, al releerlas una vez impresas, todas las frases le parecían imprescindibles y, según cómo, todas le parecían superfluas. A veces, en un arranque de desesperación, rasgaba todas las hojas que tenía delante. Si hubiera sido una noche de invierno y en la estancia hubiera habido chimenea, le habría dado –igual que en *La Bohème* de Puccini– bastante calor, pero en el apartamento de Sumire, como era de esperar, no había chimenea. Ni calefacción ni teléfono. Ni siquiera un espejo que le devolviera fielmente su imagen.

Al llegar el fin de semana, Sumire tomaba entre los brazos todos sus escritos y venía a mi apartamento. No hace falta decir que eran sólo los textos que habían escapado a la masacre, pero, con todo, conformaban una cantidad considerable. Y la única persona de todo este ancho mundo a quien Sumire podía enseñárselos era yo.

En la universidad, yo iba dos cursos por delante y, además, nuestras especialidades eran distintas, así que apenas teníamos algo en común. Intimamos por casualidad. Un lunes de mayo, tras un largo puente, estaba yo en la parada del autobús cerca de la entrada principal de la universidad leyendo una novela de Paul Nizan, que había descubierto en una librería de viejo, cuando una chica bajita que se encontraba a mi lado alargó el cuello, echó una ojeada a mi libro y me preguntó que cómo era que aún leía a Paul Nizan. Su manera de interpelarme fue bastante agresiva. Como si hubiera querido meterse con alguien y, a falta de un objetivo más apropiado, me hubiese elegido a mí. Al menos ésa fue la impresión que me dio.

Sumire y yo nos parecíamos mucho. Ambos devorábamos libros con la misma naturalidad que respirábamos. Cuando teníamos un momento libre, nos sentábamos en

un lugar tranquilo y volvíamos interminablemente una página tras otra. Novelas japonesas, novelas extranjeras, obras nuevas, clásicos, libros de vanguardia, *best sellers*, leíamos cualquier cosa que nos provocara excitación intelectual. Éramos asiduos de las bibliotecas y podíamos pasarnos todo el día entretenidos husmeando por las librerías de viejo de Kanda. No había conocido a nadie, aparte de mí mismo, que leyera con tanta pasión, con tanta profundidad y diversidad, y creo que a Sumire le ocurría lo mismo.

Me gradué por la misma época en que Sumire decidió dejar la universidad, pero, incluso entonces, ella siguió visitándome dos o tres veces al mes. A veces la visitaba yo, pero su apartamento era, a ojos vista, demasiado pequeño para los dos, y lo más frecuente era que viniese ella. Cuando nos veíamos, como es lógico, hablábamos de novelas e intercambiábamos libros. También solía prepararle la cena. No se me daba mal cocinar y, por su parte, Sumire era del tipo de personas que prefieren no comer antes que meterse en la cocina. Como muestra de agradecimiento solía traerme algo de los lugares donde hacía trabajos de media jornada. Una vez que estuvo en el almacén de una empresa farmacéutica me regaló seis docenas de preservativos. Todavía deben de quedar algunos en el fondo del cajón.

La novela (o los fragmentos de novela) que por aquel entonces escribía Sumire no era tan horrible como ella creía. No dominaba aún las técnicas narrativas y, a veces, su estilo parecía un *patchwork* elaborado, sin mediar palabra, por un grupo de amas de casa obcecadas, cada una con sus propios gustos y manías. Esta tendencia, dado el temperamento neurótico de Sumire, hacía que las cosas se le descontrolaran. Encima, por desgracia, a ella sólo le interesaba escribir una obra decimonónica de gran envergadura, una «novela

total», donde pudiera embutir cualquier fenómeno que apuntara a su alma y a su destino.

Sin embargo, pese a adolecer de numerosos defectos, sus escritos tenían una frescura especial y en ellos se traslucía la voluntad honesta de querer relatar con sinceridad algo importante que había en el interior de su autora. Como mínimo, su estilo no era una imitación del de nadie. Tampoco eran simples artificios contruidos con habilidad. A mí esto me gustaba. No hubiera estado bien reducir aquella fuerza natural e incrustarla en un trabajo preciosista. Aún le sobraba tiempo para dar rodeos. No era cuestión de precipitarse. Tal como dice el proverbio: «Quien crece despacio crece bien».

—Tengo la cabeza atiborrada de cosas que quiero escribir. Como un granero atestado de cualquier manera —me dijo Sumire—. Imágenes, escenas, retazos de palabras, figuras humanas... Están llenos de vida dentro de mi cabeza, lanzando destellos cegadores. Y oigo cómo gritan: «¡Escribe!». Pienso que de ahí tendría que surgir una gran historia. Tengo la impresión de que van a conducirme a algún lugar nuevo. Pero, llegado el momento, cuando me siento frente a la mesa e intento traducirlos en palabras, me doy cuenta de que se pierde algo vital. El cuarzo no cristaliza, todo queda en pedruscos. Y yo no llego a ninguna parte.

Sumire hizo una mueca, recogió la piedrecilla número doscientos cincuenta y la arrojó al estanque.

—Quizá, de base, me falte algo. Algo imprescindible que debe de tener todo escritor.

Cayó en un profundo silencio. Al parecer, me estaba pidiendo una de las vulgares opiniones que solía darle.

—En China, antiguamente, las ciudades estaban rodeadas de altas murallas donde se abrían grandes y magníficas

puertas —expliqué tras reflexionar unos instantes—. Esas puertas tenían un gran significado. No sólo servían para entrar y salir, sino que se creía que era allí donde moraban los espíritus de la ciudad. O el lugar donde debían morar. Exactamente igual que en la Europa medieval, donde la gente consideraba la iglesia y la plaza como el corazón de la ciudad. Por eso, aún hoy, quedan en China muchas puertas maravillosas. ¿Sabes cómo construían las puertas los chinos de la antigüedad?

—Ni idea —dijo Sumire.

—La gente se dirigía a los antiguos campos de batalla tirando de carretas, y allí recogía todos los huesos desparrramados o enterrados que podía encontrar. Al ser un país de tan larga historia, no faltaban campos de batalla. Luego construían una enorme puerta a la entrada de la ciudad incrustando todos esos huesos. Esperaban que, honrando de ese modo sus almas, los guerreros muertos protegieran la ciudad. Pero ¿sabes?, no bastaba con eso. Cuando la puerta estaba terminada, llevaban hasta allá unos cuantos perros vivos y, con una daga, los degollaban. Después regaban la puerta con la sangre aún caliente de los perros. De esa forma, los huesos reseco se empapaban de sangre fresca y las viejas almas adquirían un poder mágico. Al menos eso es lo que creían. —Sumire aguardaba en silencio a que prosiguiera—. Escribir una novela es algo parecido. Por más huesos que reúnas, por magnífica que sea la puerta que construyas, sólo con eso no tendrás una novela viva. Una historia, en algún sentido, no es algo de este mundo. Una verdadera historia requiere un bautismo mágico que conecte este mundo con el otro.

—O sea que tengo que agenciarme unos cuantos perros, ¿no? —Asentí—. Y hacer correr la sangre caliente.

—Tal vez.

Sumire reflexionó unos instantes mordiendo los labios. Volvió a arrojar al estanque unas cuantas desafortunadas piedrecillas más.